

—Pero, Amparo, ¿cómo tratas á esa pobre mujer! ¡Yo no sé, en verdad, cómo viene!

—Yo sí lo sé—respondió doña Amparo:—viene porque no tiene vergüenza, ni jamás la conoció. Pedro, yo no me sé explicar lo que siento cuando veo á esa mujer: se apodera de mis venas un frío mortal; me hace su vista el efecto de una gran culebra que estuviese para arrojarse á mí. Me da el corazón que esa mujer, que es una bribona sin alma y sin entrañas, nos ha de traer alguna gran desgracia. La temo, la temo mucho, Pedro, y más ahora que hemos hallado un novio para la niña. ¿De qué no será ella capaz? ¿Qué chismes no revolverá, si la dejamos penetrar algo de este vital asunto? Todavía creo haberla tratado con sobrada blandura. Ya que se ha cumplido mi anhelo, ya que hemos hallado un novio para la niña, y un novio tan completo, andemos con mucho cuidado, no sea que el enemigo, en forma de viuda soldadesca, se meta en medio del negocio y dé al traste con él.

## CAPÍTULO IX

GONZALO

Unos quince días después de lo referido en el capítulo precedente, y á eso de las nueve de la noche, la tertulia de casa de Herrera se hallaba más bulliciosa y animada que jamás se había visto.

Sentados en derredor de la mesa de tresillo estaban doña Tecla, don Atilano, doña Amparo y el bueno y anciano Cura, que tomaba también parte en el juego.

Don Pedro, sentado á un lado entre las dos señoras, liaba algunos cigarrillos de papel; doña Angustias tejía unas medias caladas, y echaba de cuando en cuando una mirada torva sobre un grupo verdaderamente encantador que se hallaba á poca distancia de ella.

Aquel grupo se componía de Dolores y del Conde de Elvén.

Ella bordaba, ó más bien tenía un bastidorcito sobre la falda, para hacer ver á su madre que

estaba ocupada y tranquilizar su exigente seriedad.

Era Gonzalo de Elvén un hermoso, simpático y elegante joven; su estatura alta y bien proporcionada, su talle gallardo, sus bellas manos, armonizaban en gracia y distinción con su rostro expresivo á la par que desdeñoso.

Tenía la tez morena, el cabello negro y los ojos grandes, rasgados y de un gris ceniciento que se parecía mucho al sombrío matiz de la pizarra.

Un fino bigote negro adornaba su labio superior y hacía parecer más linda su boca, que era pequeña y ostentaba un acarminado color; sus dientes, muy pequeños, se asemejaban al nácar; su color pálido; las orejas, que resaltaban en sus mejillas; su hermosa y elevada frente y la expresión desdeñosa de su sonrisa, decían que su naturaleza era apasionada, pero versátil, y que su carácter tenía más de altivo que de tierno.

Su elegancia era exquisita: vestía, con una soltura llena de gracia, un lindo traje de interior, pues había buscado por sí mismo un hospedaje cerca de casa de Herrera, y no salía de la suya más que para ir á ella.

Apoyado en la silla de Dolores, la veía bordar, y le hablaba en voz baja.

—No me respondes á lo que te pregunto—le decía amorosamente.

Dolores, colorada como una cereza y sin atreverse á levantar los ojos, contestó:

—¿Y qué quieres que te diga?

—Que sí.

—¿Y si luego es que no?

—Será porque tú quieras.

Dolores se estremeció con tal violencia, que se clavó la aguja con que bordaba, en la yema del dedo.

Alzó hacia el Conde sus hermosos ojos negros, y le dijo:

—No sé, Gonzalo, por qué tienes ese gusto en mortificarme. ¿Para qué quieres que te conceda esa cita? ¿No vienes aquí siempre que quieres? ¿No pasas aquí todo el día? ¿No sabes que nos hemos de casar dentro de un año, según la voluntad de nuestros padres? ¿Por qué pides más?

—¿Y te ofendo acaso porque desee hablarte á solas?—preguntó el Conde con aire resentido.

—Dolores, no te veo dar una puntada en toda la noche—dijo doña Amparo, que de cuando en cuando levantaba la vista de las cartas para observar á su hija con aire severo.

La joven se puso más encarnada todavía: bajó

la vista á su labor, y se puso á bordar activamente.

Entretanto que tenía lugar esta reprimenda maternal, decía doña Angustias á Gonzalo:

—¡Firme en ella! Á pocas instancias más, cederá.

—¿Tiene usted ya avisada á esa mujer?—preguntó el Conde.

—Sí, señor. ¿Así me había de estar ahora? Usted salga con la promesa de la niña, y lo demás corre de cuenta mía.

Después de estas palabras, cambiadas rápidamente, Gonzalo se volvió de nuevo hacia Dolores, que avergonzada de haber sido reprendida á speramente delante de todos y en presencia de Gonzalo, apenas podía reprimir sus lágrimas.

—El carácter de tu madre es insoportable para mí—dijo en voz baja á la joven.—¿No es una tiranía la sujeción en que te tiene? Vamos, tranquilízate; así que nos casemos, te haré yo tan dichosa que olvides todas tus penas de ahora.

Una sonrisa iluminó el semblante encantador de Dolores, y la aguja volvió á caer de su mano.

—Por eso—prosiguió el Conde,—por eso deseo poder hablarte á solas: ¡tengo tanto que decirte! En tu casa jamás logramos un instante de liber-

tad... Cree, Dolores mía, que me voy aburriendo de lo que pasa.

—Y lo que es por mí, no extraño nada que suceda así—dijo doña Angustias tomando parte en la conversación.—Niña, piensa en que nada adelanta con dedicarte todo su tiempo, excepto las horas que necesita para sus estudios, porque el Argos de tu madre jamás cierra ni los oídos ni los ojos.

Dolores calló. El Conde sacó del bolsillo de su chaleco un magnífico reloj inglés, y miró la hora.

—Son cerca de las once—dijo en voz baja.—Dolores, ¿me voy sin ninguna esperanza?

—No puedo dártela—respondió la niña, en voz baja también y trémula.

—Eso es porque no me quieres..., porque nada soy para ti—repuso colérico Gonzalo;—y en este caso no te extrañes que yo obre como debo, y como mi orgullo herido me aconseja.

—¿Y qué harás?—preguntó Dolores aterrada y levantando su rostro, cubierto de palidez.

—¡Tomal; ¿qué ha de hacer?—intervino doña Angustias:—ir á pasar algún rato á casa de la Marquesita de Valdeflores, que le adora: lo sé de buena tinta.

—¡Una... Marquesa... te ama!...—murmuró

Dolores, fijando en el Conde sus grandes ojos, dilatados por un doloroso asombro.

—Sí—respondió doña Angustias por el Conde:—una viuda de veintitrés años, con dos carruajes y una hermosura maravillosa; una hechicera joven, á cuya casa voy muchas tardes á tomar chocolate.

—Deja á doña Angustias, y responde, que me voy—dijo Gonzalo:—¿no quieres concederme una hora de conversación? Tengo que hablarte de nuestra próxima boda.

—¿Vas ahora á casa de la Marquesa?—preguntó Dolores con voz honda y triste.

—Si tú no le concedes lo poco que te pide, sí—opinó doña Angustias.

—Señora, por Dios, déjela usted y no la mortifique—dijo Gonzalo indignado.—Quiero que sea ella la que decida, y no que le haga usted la forzosa. No, Dolores: que me digas que sí ó que no, me voy ahora mismo á mi casa, como todas las noches, á acostarme: ten la seguridad de que sólo á ti amo en este mundo.

Gonzalo, dichas estas palabras, se levantó y dió vuelta á la mesa donde se jugaba, como si quisiera dejar tiempo á Dolores para reflexionar.

—Hija, complácele—dijo doña Angustias acer-

cándose al oído de la joven:—mira que yo sé que la Marquesita está muy enamorada de él.

El Conde dió otra vuelta por el aposento, y volvió al lado de Dolores.

—Consiento en que nos veamos á solas—dijo ésta con voz agitada;—¿pero dónde?

—Doña Angustias te enterará de todo—respondió Gonzalo con rapidez.—Adiós, vida mía.

Dicho esto, le estrechó la mano apasionadamente y á hurtadillas de todos; dió las buenas noches en general, y se marchó.

—Ahora—dijo la subteniente al oído de Dolores—voy yo á seguirle los pasos, y sabrás á dónde va.

En efecto, se levantó y se fué detrás del Conde.

Éste cruzó la calle, y entró en su casa. Doña Angustias se entró tras él, y le siguió como una sombra y sin dificultad, porque Gonzalo se hospedaba en casa de su íntima amiga doña Toribia, que tenía casa de huéspedes y era prestamista.

El Conde ocupaba la mejor habitación de la casa: constaba de una gran sala con dos gabinetes, todo tapizado de damasco, todo elegante y suntuoso.

Apenas el ayuda de cámara hubo cerrado la puerta y se preparaba á desnudar á su amo, vol-

vió á levantarse el picaporte para dar paso á doña Angustias, que entró mostrando bajo sus formidables bigotes una repugnante sonrisa.

—Vete, Casimiro—dijo el Conde á su criado.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó Gonzalo con altivez, y sin ofrecer asiento á la subteniente.

—Ninguna; sino que he oído que la niña consentía, y vengo á tomar órdenes—respondió ésta.

—Se verán ustedes aquí mismo; á Dolores la traeré yo mañana por la tarde, y vengo á saber qué hora es la mejor para usted y á que me haga las advertencias que quiera.

—Una sola tengo que hacerte—dijo el Conde á la arpía:—si deseo ver á Dolores á solas, es por el motivo que ya sabes, por la continua vigilancia y severidad de su madre, que me fatiga; porque casi no le he abierto mi corazón, casi no he podido decirle que la quiero, que me casaré con ella muy pronto, que sólo ambiciono llamarla mía: esto es lo que deseo, y no seducirla y abusar de su candor, como usted supone; y esté usted segura de que á ser su madre un poco más razonable, jamás hubiera yo acudido á semejantes medios.

—Ya, ya estoy en ello—respondió doña Angustias con una sonrisa de Satanás.—Las madres,

con tanto tirar de la cuerda, hacen á veces que se rompa. Pero yo no espero, señor Conde, que eso suceda en esta ocasión; á pesar de todo, el matrimonio, á la edad de usted y con una muchacha pobre y obscura como Dolores, no es nada agradable.

—Eso es cuenta mía—repuso Gonzalo con altivez.—Y debo decir á usted que deseo recogerme. Aquí tiene usted por sus buenos oficios. Por lo demás, ninguna advertencia tengo que hacerle. Mañana no saldré de casa más que para ir á la de Dolores; me volveré temprano aquí para no dar sospechas, y esperaré á que usted la traiga: al marcharse le daré á usted otra moneda como ésta.

El Conde puso una onza de oro en la mano de la subteniente, que salió apresuradamente.

—¿Qué hay?—le preguntó Dolores así que se sentó á su lado.

—Ha entrado en su casa, y Casimiro me ha dicho que se ha acostado al instante. De ti depende, hija, el inutilizar las astucias de la Marquesita.

—¿De qué modo?—preguntó Dolores tristemente.

—¿De qué modo? Dándole pruebas de tu cariño, para que no crea mayor el de la otra. Pero,

adiós, niña, que voy á preparar nuestro negocio de mañana.

—¡Ay, Dios mío, qué arrepentida estoy de lo que he hecho!—exclamó Dolores.—¡Cuánto me pesa haberle ofrecido acudir adonde él diga! ¡Yo tiemblo!

—Vamos á dormir, que son las once y media.—dijo la andaluza á sus cuñados con el imperio que acostumbraba.—Yo no sé cómo esta noche estáis tan despabilados; justamente hoy, que yo estoy muriéndome de sueño.

—Vamos, mujer—respondió doña Tecla,—¿por qué no has dicho antes que te querías reeoger?

—¿Por qué no se ha ido usted sola á la cama?—dijo doña Amparo.—¡No parece sino que anda usted con los pies de estos señores!

—Vaya, vaya, amigos míos, muy buenas noches—dijo don Pedro temiendo una respuesta brusca de la subteniente.

Los tertulianos, en cuyo número se contaba el bueno y anciano sacerdote, bajaron la escalera para retirarse, alumbrados por Simona, y se dirigieron cada uno á su casa.

Don Pedro y doña Amparo volvieron á la sala, en la que hallaron á Dolores con la cabeza entre las manos.

Al oír á sus padres, se estremeció convulsivamente, y alzó los ojos; la luz dió en su semblante, y su madre exclamó al ver el encarnado subido de sus mejillas:

—¡Dios mío, hija! ¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza—repuso la joven.

—Te habrás resfriado; vete á acostar—dijo don Pedro besándola en la frente.

—Anda á la cama, hija mía. Ahora te entrará Simona una taza de flor de malva, y yo iré á arroparte bien para que sudes—añadió doña Amparo.

—No, no, mamá; sólo necesito descanso—dijo Dolores.—Buenas noches.

La joven besó la mano de su padre: hizo lo mismo con la de su madre, y se fué á su cuartito, alumbrada por Simona, que llevaba una vela en un candelero de bronce, brillante como el oro.

¿Dormía entretanto el Conde de Elvén? ¿estaba tranquilo? No: ordenó á Casimiro que dejase ardiendo la lamparilla situada á la cabecera de su cama, y se entregó á sus pensamientos.

Digamos algo de este joven, que tan importante papel debía jugar en la vida de Dolores.

Ya sabemos que era huérfano de padre, y que le había criado su madre, señora piadosa, sencilla, llena de virtudes y que le adoraba.

La inmediata, constante y exquisita vigilancia de la condesa de Elvén no había podido impedir que Gonzalo se entregase, con otros jóvenes de su edad y clase, á algunas calaveradas sin trascendencia: quiere decir, que jugaba alguna vez, que cenaba de cuando en cuando con sus amigos, y que había debido algunas fáciles conquistas á la encantadora belleza de su figura, á su alta cuna y á sus grandes riquezas.

Las madres de los amigos de Gonzalo tenían aquellos pasatiempos de sus hijos por la cosa más natural, y tal vez los consideraban acertadamente; pero la Condesa ni aun sospechaba que existiesen: su alma pura, llena de candor como la de una niña, no sabía nada de pasiones ni de seducción; creía que su hijo favorecía á jóvenes que estaban necesitados y que eran dignos de sus socorros; y para que gastase con más libertad, le señaló sus rentas, aun antes de que llegase á su mayor edad.

Los *seres desgraciados* socorridos por el Condesito eran los toros, las orgías, el juego y la cantatriz más en boga, amén de los ramos de flores, de las cajas de dulces enviadas á la señorita de la nobleza á quien se dedicaba; porque el Conde estaba dotado de un paladar especial, así para el

amor como para todos los manjares, y le gustaba probar seguidamente lo más tosco y lo más delicado.

Aquel joven, dotado de un gran talento, de una figura bella y distinguida y de inmensas riquezas, tardó poco en ser el ídolo de todos los sevillanos; pero habiendo volado ya como la mariposa entre las bellas flores de aquellos vergeles, formó un decidido empeño en ir á Madrid, con el pretexto de estudiar el doctorado y de graduarse.

La buena y sencilla Condesa, que no sospechaba ni remotamente las desordenadas pasiones que se albergaban en el alma de su hijo, ni la violencia de un carácter que era y había sido siempre para ella dócil y sumiso, pensó de golpe en el matrimonio de Gonzalo con Dolores, de cuya belleza y cristiana educación había oído hacer grandes elogios á una amiga suya que la había conocido en casa del pintor, padre de Modesta, al ir á encargarle un cuadro.

Significó á su hijo su pensamiento, y le enseñó la carta de su amiga, que, en el párrafo referente á Dolores, decía así:

«Es hija, según creo, del honrado don Pedro Herrera, el amigo que tanto quería tu marido, y aunque, como sabes, no soy observadora, la vista

de esa preciosa criatura me ha llenado de admiración. Si algún día viene Gonzalo á esta Babel, no será malo que la vea: se enamorará de ella, y no pensará en locuras ni desórdenes.\*

Esto que escribía la amiga de la Condesa, no había sido dictado por el pensamiento sano y humanitario de que Gonzalo pudiese casarse con la hija del pobre Herrera: aquella señora miraba á la joven como un entretenimiento honesto, que preservaría al joven de otros entretenimientos peligrosos, y que podía dejar cuando ya no hiciese falta.

Pero en el alma humanitaria de la Condesa, en aquella alma noble, elevada y tierna, no podía caber tan ruin pensamiento: pensar en la hija del amigo de su esposo, era pensar en que su hijo se casase con ella; y estaba tan exenta de ambición, de vanidad, de pretensiones para ella y para su hijo, que nada le pareció tan natural como enlazar al rico Conde de Elvén con la pobre hija del modesto empleado don Pedro Herrera.

—¿No es linda?—se dijo;—¿no está criada con recogimiento por una madre ejemplar?; ¿no es hija de un hombre honrado? ¿Pues qué mal hay en que se casen y en que sean dichosos? ¿Qué más puede desear mi hijo, ni yo para él?

En tanto que la buena y piadosa madre discurría así, otros pensamientos muy diferentes ocupaban á su hijo: pensaba con delicia en lo mucho que podría exponer al juego en Madrid; en las lindas actrices de sus teatros; en los restaurants, donde hay comidas para el paladar más exquisito, y apenas fijó por un instante sus pensamientos en aquella Dolores que su madre, de propósito, le había elogiado tanto.

Al verla, quedó deslumbrado por la cándida, fresca y encantadora belleza de la joven. La incansable vigilancia de su madre convirtió á sus ojos en un imposible la seducción de Dolores, y se la hizo mil veces más preciosa; pero cada vez que la joven le hablaba de su enlace, el Conde se veía precisado á hacer un supremo esfuerzo para no soltar la carcajada, porque ni por un instante pensó en que Dolores Herrera pudiera ser la Condesa de Elvén.

Vano, gastado, duro de corazón, pervertido por las malas compañías, no podía mostrarse el destino más cruel con Dolores, que arrojando á aquel joven, como una negra sombra que había de enlutar todo su porvenir, en el camino esmaltado de flores que ella atravesaba.

## CAPÍTULO X

### LA ARAÑA URDE SU TELA

Así que se hallaron en su casa don Atilano, doña Tecla y doña Angustias, dijo esta última á aquélla:

—Tecla, es preciso que mañana saques á paseo á Dolores.

—¡Mujer, si no puedo salir!—respondió la buena señora.—Ya ves, desde que hemos despedido á Simplicia tengo que estar á todo, porque esta pobre chica es para poca cosa.

—¿Y por qué has despedido á Simplicia?

—Porque no podía darle tres duros de salario; porque era malgastadora, y lo que antes le pasaba, ahora no era posible: todo sube; todo va de mal á peor.

Al decir esto, aquella santa señora arreglaba con sumo esmero la lamparilla que cada noche se quedaba en la alcoba de la viuda, y la que, durante las eternas tinieblas del invierno, consumía una razonable cantidad de aceite, gasto inútil y que por nada del mundo se hubiera permitido ha-

cer ninguno de aquellos dos angelicales hermanos.

Muchas noches se había puesto enferma doña Tecla, efecto de la excesiva debilidad de su temperamento y del excesivo trabajo doméstico á que se dedicaba; y sin embargo, el temor de gastar un poco de azúcar ó de carbón apenas le permitía tomar una taza de té, pasándose sin ella, á no ser que el mal creciese extraordinariamente.

Ella era la que lavaba y planchaba las ya viejísimas camisas de don Atilano, de largo tiempo usadas y nunca repuestas; ella la que mullía el pobre lecho en el que su hermano descansaba sus doloridos miembros; ella la que quitaba el polvo á todos los muebles de la casa, la que arreglaba la humilde salita, adornada con seis sillas de enea, una mesa antiquísima y pulimentada, con los pies en forma de espiral, y un espejo de media vara en cuadro; en fin, la buena y resignada doña Tecla tomaba sobre sí todos los más pesados quehaceres de la casa, aderezaba la comida ó el *puchero*, como ella decía, acudía á la limpieza, y atendía á todo; y esto sólo porque lo pasaran lo mejor posible sus hermanos: que con el mismo cariñoso dictado designaba al amable y suave don Atilano, que á la malvada, dura y exigente viuda doña Angustias.

Ni una sola vez pensó aquella paciente y santa criatura en que su hermana pudiera ayudarle en las faenas de la casa, tan pesadas ya para su débil salud; ni una sola vez se dijo que podía imponerse privaciones y no exigir regalos ni servicios; para ella, y según su parecer, siempre doña Angustias era pobre y desvalida, siempre debía considerarla y atenderla, porque dependía de ellos y porque era viuda de su pobre Juan.

Algunas veces se permitía don Atilano la siguiente observación:

—Mujer, es una vergüenza lo que hace Angustias.

—¿Pues qué hace?—preguntaba muy admirada la buena señora.

—¿Qué hace? Estar corriendo todo el día, chismoteando y enterándose de lo que pasa en la vecindad, y no hace lo que debía hacer, que es ayudarte en algo y darte algún regalito de su pensión.

—¡Sí, como es tan larga!

—¿Tan largos son nuestros haberes?

—No es lo mismo: nosotros no dependemos de nadie, porque somos hermanos *legítimos*, y lo tuyo es mío; pero ella sólo es cuñada, y depende de nosotros.

—¿Y su pensión?

—La gastará en limosnas.

Á esta respuesta concluyente, don Atilano enmudecía: porque era tanta su afición á dar limosnas, que no podía condenar en este punto la de los demás. No salía nunca con algún cuarto en el bolsillo, que no lo diera á los pobres; aunque, á decir verdad, eran pocas las veces que podía salir con un solo maravedí.

—¡Válgame Dios!—exclamó doña Angustias contestando al aserto de doña Tecla.—Siempre estás quejándote, mujer; siempre estás llorando: á nadie más que á ti oigo decir que las cosas se encarecen; pero ya entiendo las indirectas: eso es decirme que aquí incomodo.

—¿Eso piensas?—exclamó toda afligida la candorosa señora, cuya alma virginal tenía la sencilla credulidad de una niña.—¿Cómo es posible que así me juzgues?

—Á las pruebas me remito—dijo doña Angustias:—despides á una criada de forma, porque dices que gasta mucho.

—Y es verdad: no podíamos sostener el gasto que teníamos.

—¡Caramba, déjame hablar! Tomas una chiquilla, y ahora dices que no puedes salir por estar al cuidado de la casa.

—Y digo bien.

—¿Qué cuidado necesita la casa? ¿Será el de la cocina? ¡No pasamos de sota, caballo y rey!

—Hermana—respondió doña Tecla con su nunca desmentida mansedumbre:—ya sé que no te tratamos como mereces y estás acostumbrada; pero bastante lo sentimos Atilano y yo. Ya ves, seis mil reales de jubilación no dan para nada, porque la casa nos cuesta la mitad, y las cosas están por las nubes. Yo, por más que discuro, no puedo mejorar ni la mesa ni el trato; pero procuraré hacerte siquiera los domingos alguna cosa apetitosa, aunque sea poco, y para ti sola, que nosotros con pan y paz lo pasamos muy bien.

—Alma de Dios, ¿quién te pide nada?—respondió ásperamente doña Angustias.—Quita allá, y no me creas golosa, que no lo soy; y si lo fuera, de sobra tengo casas donde regalarme, sin que tú te canses en hacerme guisados. Ahora sólo se trata de sacar á paseo á esa chiquilla, que no cesa de pedirme que la acompañe.

—Y ¿por qué no lo haces?—preguntó doña Tecla.—Tú la puedes acompañar, porque ninguna obligación te llama.

—¿No sabes que su madre no me puede ver? Á mí la pobre Lolita me da pena, porque de estar

abí siempre encerrada, se pone mala y se aflige y está descolorida. Pero, ¿cómo le digo yo á la arpía de su madre que me la deje?

—¿Arpía, Amparo?—preguntó estupefacta doña Tecla. —¡Pues si es más buena que el pan! ¡Si la conozco desde que éramos chiquititas! ¡Si á nadie quiere mall!

—Más que á mí—interrumpió doña Angustias con su voz de bajo. —¿Si me querrás decir que es una paloma sin hiel?

—Siempre lo fué. Pero, en fin, dejemos esto, que tú no la quieres y yo sí, y no podemos tener igual parecer en este punto. La cosa es que la niña quiere salir á paseo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues yo la llevaré.

—Es que quiere que sea mañana.

—Mañana será. Mientras yo arreglo las cosas, irá por ella Atilano, y la sacaré á dar una vuelta. ¡Ehl, aquí tienes la lamparilla, hermana; acuéstate y descansa.

La viuda tomó la débil luz, que ardía dentro de un vasito que contenía aceite y agua, y se encaminó á su cuarto, que, como ya sabe el lector, era el mejor adornado y el más confortable de la casa.

Poco después, doña Tecla descansaba en su al-

cobita blanqueada, y dormía un apacible sueño entre el blanco hilo de sus usadas sábanas y bajo una colcha zurcida en mil partes por su diestra é infatigable mano.

Don Atilano se había acostado desde la escalera y dormía también el sueño de los justos; sólo doña Angustias no podía reposar, porque el azoramiento de su criminal conciencia la tenía desvelada.

Así que la aurora echó al mundo sus primeras luces, saltó de su lecho, que jamás dejaba hasta las diez, y se fué á la cocina: allí se hallaba el braserito, que cada mañana arreglaba doña Tecla, y que hasta después de bien encendido, ó *hecho una granada*, como ella decía, no le llevaba á la salita habitada por su hermano, que era donde hacía labor.

La viuda llenó el brasero de carbón, y empezó á aventarle para encenderlo; mas apenas aquel combustible, tan negro como su alma, se convirtió por un lado en lumbre, le dejó, le envolvió ligeramente y se dijo:

—Esa sandía se emborracha con el tufo mucho más que yo con cuatro botellas de lo puro: se pondrá como nueva, y seré yo quien salga con la niña, con lo que está hecho el negocio.

Aún pensaba en esto, cuando oyó que se levantaba doña Tecla; tomó entonces el brasero y lo llevó á la salita de labor, que don Atilano jamás cerraba, aunque dormía en la alcoba.

Cuando salió de allí, entró en su cuarto, y volvió á salir llevando en la mano un pañuelo de batista todo desgarrado.

Doña Tecla se hallaba ya en la cocina: la viuda le mostró el desgarrón y le dijo, con su aspreza acostumbrada:

—Oye, mujer, tú que aún ves bien para zurcir, y lo haces con tal primor, hazme el favor de *echar unos pasos* en este pañuelo.

Doña Tecla, lisonjeada, agradecida, casi enternecida por aquella alabanza—primera frase no muy agría que había oído en boca de su cuñada,—le respondió:

—Con mucho gusto: así que haga el chocolate y deje dispuesto el almuerzo para que lo haga la muchacha, iré y te lo compondré lo mejor que pueda.

—Ya tienes el brasero arreglado bajo la mesa—añadió doña Angustias.

—¡Vaya!; ¿por qué te has incomodado en eso?

—Para quitarte un cuidado, ya que te doy otro.

Doña Tecla apresuró sus quehaceres; pero era

tal la lentitud de su esmero y su gran prolijidad, era tal su pulcro aseo, que no acabó hasta cerca de las once.

—¿No va tu hermano á buscar á Lolita?—preguntó la andaluza, que jamás llamaba por su nombre á don Atilano.

—Ahora mismo—respondió el buen señor;—arreglándome estaba para eso.

—Ve en tanto que yo remedio este percance—dijo doña Tecla sentándose á la mesa de labor, bajo la cual estaba el brasero sin encender, y enhebrando con bastante trabajo una aguja muy fina.

Don Atilano salió, y su buena hermana puso manos á la obra, en tanto que doña Angustias se fué á su cuarto diciendo que iba á *aviarse*.

Cuando volvió á entrar, aunque compuesta para salir, llevaba su delantal de casa y su pañuelo de color indefinible, pues aquella mala mujer envilecía la desgracia hasta el punto de explotarla y de hacer alarde de su pobreza, pobreza que era mayor á causa de su viciosa vida de jugadora.

Cuando entró en la salita de labor, doña Tecla se hallaba con la cabeza inclinada sobre la mesa; al oír los pasos de su cuñada, quiso levantarla y no pudo.

Una infame alegría se reflejó en el rostro de la

viuda, que preguntó con voz melosa á la inocente señora:

—¿Qué es eso?; ¿estás mala?

—No sé—respondió doña Tecla con acento débil:—me ha dado un gran dolor de cabeza... ¡Tengo mucha angustia en el estómago y un enorme peso en las sienes!

—Sal al aire libre—repuso doña Angustias.—Ven y abriré la ventana.

La buena señora intentó ponerse en pie; pero no pudo sostenerse, y cayó de nuevo sobre su asiento.

En aquel momento se oyó la campanilla de la puerta de la habitación: la muchacha que servía á los hermanos fué á abrir, y un instante después se oyó la dulce voz de Dolores que decía:

—¡Buenos días!

—Sólo siento no poder sacar á esta niña—dijo doña Tecla con voz sorda y dolorida.—¡Después de haberla hecho venir!

—Yo saldré con ella—observó doña Angustias con mucha naturalidad.—La verdad es que lo que tú tienes no es peligroso, y tal vez será la causa el haber encendido mal el brasero.

—Eso debe ser—respondió doña Tecla,—porque yo me levanté buena y muy buena.

—Pues no hables más—opinó la viuda:—antes de marcharme te daré una tacita de café, te recuestas un poco, y tan buena. Yo sacaré á la niña, y su madre no necesita saber si la has acompañado tu ó yo.

—Para todo hallas salida—dijo doña Tecla;—quisiera tener tu despejo, y no sirvo para nada. Pero no te entretengas en hacerme café, que la muchacha sabe ya, y, además, está Atilano á la vista. Dolores te agradecerá el que adelantes el paseo.

—Y otro también—murmuró doña Angustias.—Vamos, niña.

Y esto diciendo, se despojó de su delantal y de su pañolón, y quedó dispuesta para echarse á la calle; envolvióse en su mantilla, y salió seguida de Dolores, que, absorta y triste, apenas pronunció una palabra.

Ella y la viuda tomaron calle abajo, como si fueran á salir por la puerta que está al fin y que es una de las que llevan á la campiña; pero luego dieron un largo rodeo, y por una callejuela de travesía cortaron y entraron en casa de doña Toribia.

—¡Dios mío!... ¡tengo miedo!—exclamó Dolores con voz trémula, y quedándose inmóvil en

medio de la escalera.—Esto que hago, señora, es vergonzoso.

—¿El qué?—preguntó doña Angustias;—¿el conceder media hora de conversación á solas al hombre que tanto quieres, que te quiere tanto y que en breve ha de ser tu marido?

—¡Este paso es malo, es culpable!—murmuró Dolores, cuyo rostro se ponía blanco como las hojas de la azucena.—Volvámonos, señora: ¡ten-go miedo!

—¿De qué? Yo no me separaré de tu lado. Vamos, criatura, desecha escrúpulos de monja. Si habéis de hablar de vuestra boda, así ha de ser, porque tu madre ni te deja hablar jamás con él, ni se aparta de tu lado: ese es el mejor medio de aburrir á los hombres, y te aseguro que el Conde lo está de veras con tal espionaje...

—¿Lo sabe usted?—preguntó ansiosamente Dolores.

—Como que me lo ha confesado. Todas las bodas—me decía—necesitan acordarse entre los que las han de contraer. Yo no sé lo que pensará Dolores, ni ella sabe lo que pienso yo. Ya se ve: esa madre suya no nos deja un instante de libertad, y acabaré por aburrirme y volverme á Sevilla si ella no me concede una entrevista.

—¡Vamos!—dijo la joven empezando á subir la escalera:—no quiero que diga nunca que no le amo, ó que por mí ha quedado el que nos casemos.

—Y haces bien, hija mía: porque la Marquesita de Valdeflores está con un ojo muy abierto para quitarte esa preciosa conquista.

Hablando así, llegaron á lo alto de la escalera: la puerta se hallaba abierta, y en su umbral el Conde de Elvén.

—Gracias, Dolores—dijo éste tomando á la joven por la mano:—jamás olvidaré esta prueba de amor.

Y pasando por debajo del suyo el trémulo brazo de la joven, se internó con ella en el largo corredor que precedía á sus habitaciones.

Dolores, como avisada por un instinto secreto, volvió la cabeza para ver si la seguía doña Angustias.

Era que el pudor gritaba en aquella alma candorosa y buena más alto que su propio amor, y eso que éste era tan grande que la llenaba toda.

La viuda seguía sus pasos, y la tranquilizó con una oficiosa seña.

Llegaron al ostentoso saloncito de Gonzalo: éste hizo sentar á Dolores en un precioso sillón,

y se sentó también á su lado, diciéndole frases llenas de ternura.

Dolores, al oirlas, olvidó á doña Angustias y al mundo entero, y correspondió á las protestas de su prometido esposo con otras llenas de amor.

Tres horas después, volvían doña Angustias y Dolores á casa de don Atilano.

Al salir, le pareció á la joven oír que Gonzalo decía á su guardiana algunas palabras en voz baja, y que á éstas seguía un ruido metálico.

Pero estaba tan absorta en los sueños de su amor, que no pudo fijarse durante mucho tiempo en ningún pensamiento que la apartase de él, y volvió al bello país de sus ilusiones.

Doña Tecla se hallaba algo más aliviada del estrago que había hecho en su cerebro aquel malhadado brasero; la viuda encareció la precisión de que Lolita fuera conducida á su casa inmediatamente, y, en efecto, salió la joven acompañada de don Atilano.

—¿Has paseado, hija mía?—le dijo su padre besándola en la frente, pues ya había vuelto de la oficina.

Dolores palideció al sentir sobre su frente el

beso paternal, y agitó todos sus miembros un temblor; pero, venciendo su emoción, respondió:

—Sí, papá: he paseado.

—¿Quién ha ido contigo?

—Doña Tecla—respondió la joven con mal segura voz.